

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

«Ronda de mort a Sinera», el espectáculo de Espriu-Salvat, en el Beatriz, de Madrid (Nacional de Arte y Ensayo).



AMIGOS Y ENEMIGOS DI

—El catalán es un dialecto —decían en los años cuarenta los niños pertenecientes a familias centralistas.

—Es una lengua —contestaban los niños catalanes o los niños liberales precursores del espíritu de "Cuadernos para el diálogo".

—Es un dialecto.

—Es una lengua.

—Un dialecto.

—Una lengua.

Pues bien. Este diálogo infantil puede convertirse en un diálogo para besugos si lo interpretan dos adolescentes universitarios. Cuando yo era adolescente y universario, abandoné Cataluña durante un año y me fui a vivir a Madrid. Allí, en la capital de España, sostuve un diálogo para besugos sobre si el catalán era una lengua o un dialecto. Yo intentaba razonar el carácter lingüístico del catalán desde una perspectiva científica. El estudiante que se me enfrentaba aducía motivos geográficos. Cataluña es una región de España, es una porción geográfica de un todo, lue-

go, como consecuencia, allí se habla un dialecto.

Mi interlocutor fue premio extraordinario de Derecho e ignoro si se ha convertido en un *businessman* o en un asesor de Ministerio. Era un muchacho ilustrado, apasionado de Ortega y Gasset y del Kautsky de la segunda época, y, en cierta manera, representa mejor que nadie el analfabetismo centralista frente a las culturas de la llamada periferia. España está llena de enemigos de la cultura catalana. Son enemigos no reflexivos, que reaccionan con inconsciente alarma ante el conflicto que representa una comunidad lingüística, vivencial, histórica, plenamente diferenciada. Es esa alarma intestinal que manifiesta el blanco sureño ante el negro que se introduce en su piscina o en la escuela de sus hijos. Es la alarma que manifiesta la vieja dama cuya menopausia ya es incluso recuerdo, al contemplar los achuchones furtivos de las parejas. Es la alarma con que los burócratas atienden el empleo en vano del nombre del

jefe supremo del escalafón. Es la alarma con que reacciona el espectador de retina convencional ante el nuevo código visual de un cuadro abstracto.

Y como reacción: la intolerancia.

Pero, es indudable, la cultura catalana también tiene muchos amigos en España; menos que la Universidad de Navarra (y los que tendrá), pero un buen puñado. Hay amigos espontáneos que son amigos de la cultura catalana a su justo nivel: la comprenden como un hecho diferenciado, irreversible y planteado como un desafío a la capacidad de crear una unidad estatal no centralista. Hay otros amigos seducidos por el tópico de la relativa armonía y europeización, que se convierten en fans alborotados que se saben de memoria lo de que: los catalanes, de las piedras hacen panes y demás lindes a s interregionales. Finalmente, hay amigos interesados que tienen su exponente más curioso en los que en las *tourneés* por Cataluña rezan el rosario de las citas de Maragall.

Maragall ha rendido inestimables servicios póstumos al poder central. Maragall y la sardana. Algunos discursos pronunciados en Cataluña por esos amigos interesados hubieran requerido la participación del público puesto en pie y coreando:

La, la, la,

la, la, la,

la, la, la.

¿Qué hacer con la cultura catalana?

La cultura catalana es un incordio, piensan importantes personajes. Entre los muchos cenizos históricos con que le ha tocado habérselas a la Historia de España, el problema de la cultura catalana no es el más flaco. Normalmente, se ha intentado ir toreando al toro y cuando se ha entrado a matar, se ha comprobado que por largo que fuera el estoque, allí había mucho toro. Y entre estocada y cita de Maragall ha transcurrido la lidia. Si el toro se crecía, banderillas de casti-



«¿Vas a escribir sobre ese tema? Tú estás loco».
(Un amigo.)

LA CULTURA CATALANA

go, y para entretenerlo, en espera de la orden indultante de la Presidencia, le soltaban los mansos.

Todavía algún destacado político de Madrid se atreve a llamar **canalla** a Maciá en cartas particulares. La conducta política de Maciá podrá gustar o no gustar, podrá gustar o no gustar apasionadamente, pero ni política ni personalmente Maciá fue un canalla, sino todo lo contrario, y, precisamente, tal vez una de sus principales insuficiencias políticas fuera la ingenuidad y un, ya entonces, demasiado añejo sentido del honor y todo eso.

El ejemplo del pospolítico viene a cuento como demostración de la mucho que todavía se alteran los ánimos cuando suena la señal de alarma de la cuestión catalana.

Sin ir más lejos, en el propio santuario del dinero catalán, la Banca Catalana, presencié una escena que me hizo retroceder algunos años en mi historia civil. El empleado de caja voceó un número en catalán. La señora que estaba en

posesión del número, como si nada. Nuevamente vocea el número en catalán. Y la señora, como si nada. Y a la tercera requisitoria, con mala sombra de difícil acopio, la señora se encara con el cajero y le suelta: —¡Querrá usted decir doscientos setenta y dos!

En los intestinos de la buena señora había sonado la señal de alarma.

Estos son los enemigos declarados de una cultura.

Pero también hay que tener en cuenta a los que se plantean desde el centro el problema cultural catalán como un desafío técnico que, de momento, aún no ha encontrado su IBM. El supuesto fundamental que, según ellos, iniciaría el proceso razonador de la IBM, debiera ser: ¿cómo anular la reivindicación cultural catalana potenciándola y sin que esa potenciación repercuta en el replanteamiento del nacionalismo separatista?

Potenciar esa cultura significaría:

1.º La posibilidad de enseñar en catalán y el catalán en

los centros docentes de Cataluña.

2.º La existencia de auténticos medios de comunicación de masas en lengua catalana.

Hasta ahora el primer punto ya se cumple en la realidad de una manera pseudoclandestina. Son varios los colegios particulares en los que se enseña el catalán y en catalán, con la solidaridad implícita o explícita de las familias del alumnado. No podía ser de otra manera cuando el catalán es la lengua habitual de un 99 por 100 de las familias catalanas, no de reciente inmigración, y el uno por 100 restante hablan un extraño castellano situacional, que Néstor Luján ha bautizado con el nombre de **astellano**.

En cuanto al segundo punto, hasta ahora sólo se han autorizado revistas culturales en lengua catalana: «Serra D'or», «El Pont», «Oriflana», «Presencia» (bilingüe), las de mayor circulación, y **Telestel** es el único ejemplo de revista en catalán programada para un nivel medio de público. La radio programa canciones en catalán y

sesiones de radioteatro. Algún locutor se destapa de vez en cuando con oraciones simples en catalán, pero nunca se llega al desafío abierto de la oración compuesta. Y en cuanto a la televisión, se programa una extraña emisión llamada «Mare nostrum», que parece una convocatoria destinada a satisfacer las apetencias culturalistas de la tertulia modernista de «Els Quatre Gats».

Es indudable que satisfacer las peticiones catalanas, cada día más abundantes y agrupadas, con respecto a estos dos puntos, entraña no tanto un riesgo real de alimentar el rescaldo nacionalista, como de irritar a los integristas del centro, que verían cualquier logro de este tipo como un resbalón en la pendiente que conduce al «Estatut», la «Generalitat», 1934, 1936, etc., etc. Pero no es menos indudable que esas peticiones son objetivamente justas, a poco que se haga el juego de introducir citas de Maragall en los discursos públicos. Si se admite que hay que citar a Maragall en catalán para con-

AMIGOS Y ENEMIGOS DE LA CULTURA CATALANA

seguir aplausos inmediatos y «consensus» mediatos, se admite la existencia objetiva de una cuestión catalana, al menos a nivel cultural. Y si se admite esa existencia objetiva, ¿por cuánto tiempo se podrán congelar las medidas precisas para su normalización?

Conservadores y taxidermistas

En unos versos de Espriu se dice que casi la exclusiva función de los escritores de la inmediata posguerra fue la salvación de la lengua, la conservación de las palabras mediante la literatura. La intelectualidad catalana ha tenido que defender la supervivencia de su lengua y de precarias formas culturales, recelosamente, en la penumbra, como trabajan los fotógrafos para impedir la destrucción de la frágil imagen bajo la invasión de la luz.

Como todos los padres de una criatura enfermiza y en peligro de muerte, se han extremado los cuidados y la liturgia de la solicitud.

La cultura catalana de la posguerra ha tenido uno de los más extensos censos de mártires de la historia de la Cultura Universal. Gentes de primera categoría intelectual han malgastado su vida en trabajos de burócrata cultural, destinando sus ocios a la nostalgia o la recreación de las bases de un ensañado renacimiento o a la simple, constante continuidad, en un esfuerzo irreversible.

Estas gentes han trabajado en las más lamentables condiciones de aislamiento. Sin protección oficial, sin medios propios, entre la desidia o el escrupulo del dinero catalán que no se ha demostrado nada pródigo en la defensa e ilustración de una lengua utilizada para estar por casa, pero incómoda como reivindicación o como simple instrumento político-comercial cuando se trataba de conseguir esto o aquello en Madrid.

Esta precariedad civil, histórica, ambiental ha agudizado la

liturgia conservadora de que se revisten los sacerdotes de la cultura catalana y ha condicionado un tanto el papel de sepultureros y taxidermistas que algunos han ido adquiriendo, verificando una vez más la advertencia de que hay amores que matan. Llevados de su amor al cuerpo enfermizo y amenazado de la doncella, la embalsamarían en vida, para que conservara la gracia neoclásica de la Nausica, de Maragall, una Nausica bien hablada, según las normas del Institut, con las mejillas lavadas con agua destilada del neoclásico litoral de la Maresma, sacrificada Nausica sobre el altar de su propia doncellez, mientras el benemérito Orfeo Graçenc entona el *Cant dels Ocells*, como infinita melodía propicia para las despedidas, inimitable en el «cello» del mestre Pau Casals.

Estos aislados, empecinados, entrañables sacerdotes no comprendieron ya en su día cómo la lengua de Maragall, Verdguer, Carner, Carles Riba, se podía adaptar a los alaridos civiles del Raimon de *Diguem no, nosaltres no som de etxe mon* o a esa sentimentalidad de barrio popular, con cierto regusto acharnegado en sus límites fronterizos, que se filtraba en la mitología de Joan Manuel Serrat.

Sólo se rindieron ante la evidencia de las canciones de Raimón, coreadas por la multitud, o de las canciones de Serrat, tarareadas durante las faenas domésticas por señoras que antes tenían que recurrir al:

*Verde como el trigo verde,
el verde, verde limón.*

Pero aun así, la supervivencia de un sacerdocio cultural conservador es indiscutible y aparece cuando menos se le espera y, lo que es más grave, cuando más inoportuno es. La situación anormal o prenatal, en que se desenvuelve la cultura catalana, no permite una batalla frontal con estos abnegados sacerdotes. Pero también sería absurdo pasar por alto la clarificación de esas señales de alarma que también resuenan

en los intestinos de los propios guardianes del templo de Sineira, cuando algo o alguien les discute el monopolio en el arte de interpretar las vísceras de los animales sacrificados.

Entonces, cuando son discutidos o simplemente escandalizados por muestras culturales que desbordan su imaginación de penumbra, la señal de alarma les hace objetivamente tan intolerantes como al integrista del centralismo, y aprietan con-

tra sí a la doncella, sin conseguir distinguir, entre el estrépito de las trompetas guerreras, el ruido de los huesos de la doncella al quebrarse por la presión del amoroso abrazo.

La ruptura del código

De un tiempo a esta parte, la cultura catalana ha activado su dinámica interna a partir de una serie de escándalos cul-



Terenci Moix: Sus tesis y su conducta privada y civil han exasperado a algunos sectores. No le concedieron el premio Sant Jordi 1969.



Pau Riba (cantante, nieto de Carles Riba): El contenido de sus canciones ha escandalizado. No pudo cantar en el Palau de la Música.



Salvador Espriu:
La primera preocupación
fue salvar la lengua catalana.

turales. Una primera muestra es la aparición de la «Antología de poesía catalana», de Castellet y Molas, que rompía los panegíricos idílicos al uso e introducía una interpretación totalizadora del hecho literario (en este caso, la poesía catalana) en el contexto de la historia del país. Discutible el intento, incluso el logro, con ciertas caídas esquemáticas que ya se habían manifestado en los XXV años de poesía española, de Castellet; lo que estaba fuera de toda discusión es que la simple metodología del trabajo de Castellet y Molas ya enriquecía la perspectiva de los estudios de la cultura literaria catalana.

El segundo escándalo importante se suscitó ante la aparición del libro de Jordi Solé Tura, *Catalanisme i revolució burgesa* («Catalanismo y revolución burguesa»). Este escándalo replanteaba el que meses antes había provocado la aparición de *Els burgesos catalans*, de Antoni Jutglar. Al libro de Solé Tura se le reprochó insuficiencia de fundamento histórico, falta de base, pues, para sus conclusiones y consiguientemente esquematismo en el planteamiento. Pero en la pasión, violencia, que algunos sectores catalanistas opusieron al trabajo

de Solé Tura, vibraba la indignación por un monopolio discutido. Apenas se valoró que el estudio de Solé Tura significaba el primer intento de acercamiento no oportunista ni panmunjoniano, desde una posición de izquierda a la cuestión catalana.

El tercer escándalo y el cuarto, son más anecdóticos, pero no menos reveladores. En la convocatoria del premio de novela Sant Jordi 1969, se presentaban tres novelas interesantes, según opinión emitida por un destacado jurado, tres días antes de la concesión. El día del fallo, el premio se declaró desierto. Uno de los optantes, Terenci Moix, denunció que la novela que había presentado le había sido requerida personalmente por algún miembro del jurado como segura ganadora, dado que ninguna de las presentadas era premiable. La opinión más extendida sobre la negativa a premiar la novela de Moix es la intolerancia alarmada que algunos sectores implicados en el premio manifestaron ante las tesis sustentadas por Moix en su obra (tesis referidas a la situación taxidermista de la cultura catalana) y, por extensión, ante la propia conducta civil y privada de Terenci Moix.

Semanas después, la empresa

propietaria del Palau de la Música no autorizaba una audición cara al público de Pau Riba (cantante, nieto de Carles Riba). Habían escandalizado el contenido de las canciones, los aderezos capilares de Pau Riba y su especial interpretación del acto de cantar. De esta manera se impedía la audición de uno de los repertorios más interesantes que en estos momentos puede mostrar la Nova Cançó.

En torno a Riba, los escándalos y tensiones han trascendido y convertido en palabras escritas. Se dice que la reacción de Riba ante la prohibición empresarial fue enviarles una butifarra curiosamente empaquetada. Lo cierto es que hizo unas suculentas declaraciones a la revista «Fotogramas», en las que se despachó a su gusto contra sacerdotes y taxidermistas, y que en las cubiertas de su disco *Dioptria* ha escrito una poética y violenta ruptura contra el establishment cultural catalán.

Por primera vez una editorial, la del disco, forcejea argumentalmente con su editado. No se limita a la estereotipada fórmula de: «Esta editorial no se hace responsable...», etcétera, etcétera, sino que opone argumentos y razones a las despedidas e implícitas condenas de Riba. El poeta cantante dice que en su familia sólo hay dos héroes, y la editorial le contesta que a dos por familia, el país puede estar contento del número de sus héroes. A la provocación de Riba contra los sacerdotes y taxidermistas, la editorial responde que por qué no ataca a otros sumos sacerdotes y a otras coacciones sacerdotales más evidentes...

Lo evidente es que se ha roto el código sobreentendido de un renacimiento cultural armónico y mancomunado y que está planteada la cuestión de un polimorfismo cultural catalán. No vamos a adentrarnos en la cuestión de si la situación de bilingüismo ha condicionado la aparición de una cultura catalana expresada en castellano y otra en catalán. Vamos a centrarla exclusivamente en que la uni-

dad operativa de la cultura catalana ha desaparecido y que hoy se manifiesta a través de formas y contenidos tan distantes entre sí como la derecha y la izquierda, la vejez y la juventud, el conservadurismo y el progresismo.

Así como una ruptura del código unitario vitaliza a toda cultura, en el caso de la catalana, la excepcionalidad de su gestión, los límites a su progresión a nivel de cultura de masas, cuestionan en gran manera el carácter vitalizador de esa ruptura.

Sin embargo...

Amigos y enemigos de la cultura catalana

Sin embargo, la ruptura existe.

El gran Universo se ha desstripado y han aparecido pequeñas galaxias con luz propia. Lo importante ya no son las intenciones, las disposiciones subjetivas, sino los hechos.

A un nivel objetivo, hoy puede verse que muchos de los que son subjetivamente amigos de la cultura catalana, son enemigos objetivamente, y que cualquier actitud de intolerancia, venga desde los sempiternos centros emisores de fuera o se plantee como disputa taifal interna, ejercerá una función destructora.

Los intolerantes son los enemigos de la cultura catalana.

Los que reivindicaban un monopolio «carca», basado en las meras razones de una sentimentalidad ejercida en exclusiva, pueden ser también enemigos de la cultura catalana.

Y pueden serlo también los que hacen «tabula» rasa con las conquistas de un pasado difícil, inmediato y no del todo superado.

Puede darse el caso de que Nausica un buen día se enfade y grite a los cuatro vientos:

«Dios me guarde de mis
[amigos,
que yo ya me cuido de mis
■ M. V. M. [enemigos».